

realmente á tí la hora irrevocable, al paso que está tan léjos de tu pensamiento. Empleamos toda la vida en olvidarla, quando lo debiéramos hacer en meditar su importancia. ¡Acaso la muerte, que está amenazando continuamente en nuestra puerta, la muerte, la única cosa que sea real é importante para el hombre, es algun huésped de confianza, del qual podamos decir sin prevenirnos para recibirle: *Venga quando se le antoje?* En efecto, á pesar de nuestra ciega imprudencia que cada dia se esfuerza en apresurar su venida á pesar de la multitud de precursores que continuamente nos la anuncian, jamas dexa de sorprendernos. ¡Y cuál es la causa de tan extraño descuido? Los cielos miran al hombre; y al verle obrar de este modo se llenan de admiración. ¡Estan por ventura tan apretados los deleytes de la vida, que no halle lugar para introducirse entre ellos un solo instante de inquietud y temor, ó es por el contrario tanta la muchedumbre de sus inquietudes y afaes, que no pueda romper por ellos el pensamiento de la muerte para llegar al alma?

Viejos insensatos, estais sentados y rodeados de una multitud de libros. Os perdeis en el laberinto de una ciencia inútil, que no es mas que una pomposa ignorancia. ¡Quereis ser mas sabios que los que mas se precian de serlo? Pues aprended lo que os importa saber. La vida ordinaria os presenta un vasto campo en donde podreis coger la única ciencia necesaria. La entrada es fácil, y el suelo no está erizado de espinas. No desecheis con desden las verdades triviales que el libro de la naturaleza y de la experiencia exponen en todas partes á vuestra vista. Los frutos que podreis sacar de ellas son frutos inmortales. No continueis en descaminaros

por las obscuridades de un estudio inútil y abstracto. Por hacer famosos vuestros nombres os alimentais de una vanidad que os envilece, y vuestra virtud disminuye á medida que se extiende vuestra reputacion. Vuestra ciencia, como la luna, no da mas que una claridad sin fuerza y sin calor, y vuestro corazon metido entre frias especulaciones está siempre helado. ¡Despertaos, pues, observadores curiosos, que deseais saberlo todo, excepto lo que os interesa!

(c) ¡En dónde estan ahora los que hicieron el año pasado los primeros papeles sobre el teatro del mundo! ¡Qué se ha hecho de su ceño altivo! ¡En qué han parado sus coturnos y su penacho! Los espectáculos mas alegres de la vida nos hablan de la muerte con el estilo mas florido. Nuestros teatros nos representan la imágen del bordado paño que cubre un féretro. Nos recuerdan la muerte, como las guirnaldas de flores suspendidas sobre un sepulcro. Como osados bandoleros que desentierran los tesoros mas escondidos, registramos y revolvemos la tierra de los sepulcros, para encontrar materiales que sirvan á nuestros placeres. ¡Será posible que arrastremos siempre como el torpe gusano sobre las sepulturas, sin pensar en nuestra propia fragilidad, y en la última suerte que se nos acerca!

¡Y sabes ¡O Lorenzo! qual es esta suerte en que ha de parar el hombre? Ha de perecer la naturaleza; pero el hombre ha de renacer. Los farsantes de la tierra varían continuamente sobre su superficie las escenas pasajeras, y hacen gemir el universo baxo el peso de sus delitos. ¡Y cómo gemirá el universo quando se vea inundado por un

miga, que destruía todas sus producciones, espira con él.

Empieza á reynar la eternidad. ; Soberana respetable y ultrajada, quan justo es tu resentimiento contra el linage humano! ; Quántas veces llamas-tes á las puertas de nuestros corazones! ; Quán-tas veces te valistes de la voz de Dios para des-pertar al hombre? Y este siempre te desechó, como una importuna imaginacion, como un sueño desagradable, al paso que insensato acogia con amor á sus mas infames enemigos. Pues véate ahora el miserable abrir tus puertas millares de veces mas espaciosas, que la distancia que se ex-tiende desde el Indo al Polo helado.

SEPTIMA NOCHE.

EL CARACTER DE LA MUERTE.

; QUAN feroz es la muerte, y cuán extraña!
 ; Si á lo ménos su bárbara guadaña
 En los ancianos solo ensangrentase,
 O en aquellos mortales desdichados,
 De miseria y tristeza devorados—
 Si puntual á seguir se sujetase
 De la naturaleza el curso lento,
 Sin preceder qual suele su carrera,
 Mas rápida que el viento—
 Si esperase que fuera
 Del tiempo poco á poco consumido
 Nuestro cuerpo, y al paso que cayese
 Por sí mismo á cenizas reducido,
 Al lóbrego sepulcro lo barriese!—
 ; Mas ay suerte infeliz! ; Su mano impía
 A él nos arrastra á veces,
 Llenos de robustez y lozanía!
 ; Enemigo sangriento,
 Si es un bien nuestra vida, te enfureces
 Y la cortas! ; La alargas si es tormento!

nuevo diluvio, y no por un diluvio de agua como el anterior!

Sobre el mundo se elevará un firmamento harto diferente del que el hombre hasta ahora ha visto ó puede haber imaginado. Estará sembrado de estrellas animadas como el actual de estrellas materiales. ¡Qué sol tan distinto lo alumbrará! ¡Cuán poco se parecerá este sol entónces á quando estaba oculto en Belen! ¡Qué diferencia habrá de este Dios humanado al que gemia en el calvario! Con todo, ¡es el mismo hombre de dolores! Pero ¡quán mudado está! ¡Qué pompa precede á su terrible magestad! Todo el cielo le acompaña. Los ángeles le siguen triunfantes. Este suceso ¡O Lorenzo! aunque ha de ser el último en el curso de la naturaleza, debe ser el primero en el pensamiento del sabio. Este pensamiento es el único que puede moverme: solo él es capaz de despertar al hombre por adormecido que esté, y de arrancarnos de los brazos de la muerte por mas que nos tenga asidos. Si no quieres sumergirte para siempre, busca, miéntras tienes proporcion, un apoyo mas firme que la tierra. Quando el justo se turbe y se confunda, ¡en dónde hallará abrigo el culpado? Para aquel día de terror, de sentencia irrevocable y de desesperacion, baxó la Eternidad, que jamas habia salido del cielo, á visitar al hombre, pasajero y miserable. ¡Y acaso este dia está aun remoto! No: ¡ya ha comenzado en tu interior!—La conciencia, comisionada por Dios para juzgarte, está ya en su tribunal, y te adelanta la sentencia. ¡Y solo el hombre ha de ser insensible á la decision de aquel dia tremendo que ha de determinar su perpetua suerte? Si fuera prudente, este seria el principio y fin de todos sus pensamientos. ¡Cer-

tará siempre los ojos á un espectáculo que se lleva la atencion de los ángeles, y aun de su celestial Monarca? Los ángeles formando brillantes círculos, que se elevan proporcionalmente unos sobre otros segun sus clases, á manera de un anfiteatro, rodean el parage destinado al espantoso y final juicio; y tienen la vista clavada en los hombres, interesándose en su suerte. Por el hombre mismo se prepara el Excelso á vengar su gloria. Todas las criaturas le suplican á voces que manifieste á los ojos de los mortales el mundo moral, y que aumente el resplandor de la naturaleza renovándola.

Este dia está siempre presente á mi pensamiento. ¡Pero cuándo llegará? Ni los ángeles saben decírmelo. No pueden adivinar el fatal momento escondido á todas las criaturas, y cubierto con una nube impenetrable. Pero ello es cierto que se acerca. El parage que para él está destinado es ménos difícil de adivinar. Dia horrible, que has de terminar las esperanzas y los temores del hombre, que has de hacer patentes todos los corazones, y fixar nuestros destinos, que has de acabar y comenzar todo, dime, ¡en dónde estás? No te encuentras, ni en el tiempo, ni en la eternidad. Estos dos Monarcas, uno de lo pasado, y otro de lo venidero, vienen á encontrarse en tí como en el confin de sus dos imperios, para tratar y determinar de qué modo han de unir todas sus respectivas fuerzas, á fin de aumentar la grandeza, y servir á la ira de aquel Señor supremo, de quien ámbos han recibido el poder que tienen. El tiempo al punto como un Rey despuesto, se desdénia de vivir. Se hiere con el filo de su guadaña, y su reynado, que habia comenzado con el universo, acaba con él; pero no fallece solo: la muerte, su implacable ene-